

Bajo el dominio romano, Alejandría tomó nuevos alientos, llegando luego á ser la segunda ciudad del imperio romano; pero también esta prosperidad estaba destinada á ser efímera. Dejóse la población invadir por la manía de las disputas religiosas; y á partir del siglo XIII las bullangas y revueltas no cesaron un momento, á pesar de los sangrientos castigos de los emperadores. Cuando el cristianismo fué la religión oficial, el emperador Teodosio—no el califa Omar,—mandó destruir todos sus templos, estatuas y libros paganos.

Bajo los emperadores de Constantinopla, Alejandría no hizo más que ir decayendo; pero no sólo su importancia comercial era todavía considerable, sino que también poseía bastantes restos notables para que Amrú quedase maravillado.

Nunca los Arabes habían visto una ciudad tan geoméricamente hecha. Verdad es que no tenemos detalles exactos acerca de lo que era en esta época; pero como sabemos muy bien en qué estado se hallaba en el segundo siglo de nuestra era, aunque le hubiesen destruido los monumentos, y no es posible que le desbaratasen mucho el plano de la población, cabe decir que esta ocupaba entonces un rectángulo de 5,000 metros de largo por 1,800 de ancho, donde las calles se alineaban cortándose en ángulos rectos; habiendo una que dividía la ciudad en dos partes.

Entre los monumentos dignos de atención notábase un vasto arsenal, magníficos palacios, el templo de Neptuno, cuyas columnas ya divisaban de lejos los navegantes; el Timonium, donde Antonio, después de su derrota de Actium, quiso matarse; el Cesareum, donde se hospedó César, cuando sostuvo el sitio; dos obeliscos, y otros muchos edificios notables. A lo largo de los muelles se hallaba el Emporio, en que se vendía las mercancías llegadas de todos los puntos del mundo conocido; y el Museo, donde estaba la famosa biblioteca, entonces la mayor del orbe. En esta época de decadencia, no había allí más que sabios ocupados exclusivamente de taumaturgia, de gramática, de etimología y sutilezas religiosas. Sobre una colina, donde hoy se levanta la columna de Pompeyo, descollaba el Serapeum: templo de pilones macizos, y de colosales estatuas de granito.

Frente á Alejandría estaba la isla de Faros, en la cual se elevaba el renombrado faro de mármol blanco, cuyos destellos se percibían á

diez leguas dentro del mar, y del cual se hablaba como de una de las maravillas del mundo. Esta isla se unía á la tierra firme por una calzada de 1,200 metros.

Así que Alejandría estuvo en su poder, Amrú dejó en ella una guarnición, y después sacó sus tropas, y las envió á acampar en el interior de Egipto. Escogieron los soldados árabes una posición, á orillas del Nilo, donde Amrú había ya plantado su tienda, y construyeron cabañas interinas que en breve tiempo pasaron á ser casas para los soldados, y palacios para los generales. Esta aglomeración de construcciones hallábase destinada á ser la ciudad del Cairo, futura rival de la futura Bagdad. Pero al principio no recibió otro nombre que el de Fostatt (tienda de campaña), en razón de su origen.

Viendo Amrú las excelentes condiciones de esta posición, determinó levantar en ella su capital, la fortificó con murallas, y estableció allí su residencia; y desde entonces, á saber, durante doce siglos, la ciudad de Amrú ha continuado siendo la capital de Egipto.

La organización que Amrú dió al país que acababa de conquistar, demuestra que fué un hombre de mucha cordura. Trató á la población con una equidad que ésta no conocía desde largo tiempo; estableció tribunales regulares y permanentes, al mismo tiempo que salas de apelación; pero no permitió que juzgasen más que á los musulmanes; y si una de las partes era egipcia, las autoridades coftas tenían el derecho de intervenir. Respetó las leyes, los usos y creencias de los indígenas, y tan sólo prohibió el uso anual que existía de echar al Nilo una doncella viva, robada á sus padres, con objeto de impetrar de la divinidad del río una elevación suficiente de aguas en la época de las inundaciones. Reemplazóse á la doncella con un monigote de tierra llamado la novia; lo cual todavía hoy se practica en el día designado para la ceremonia. Este uso, que quizá data de sesenta siglos, es un indicio cierto de que en Egipto existieron los sacrificios humanos.

Lo mismo que Omar en Jerusalén, Amrú concedió á la religión cristiana la más benévola protección; y viendo que los coftos reclamaban un patriarca que ya antes habían tenido, se apresuró á concedérselo. Su tolerancia llegó al extremo de permitir que los cristianos construyesen iglesias en la misma ciudad musulmana que acababa de fundar.

Como los discípulos de Mahoma no tenían templos y el número de indígenas que abraza-

ban el islamismo cada día aumentaba, Amrú determinó construir una magnífica mezquita, semejante á la de la Meca. El célebre monumento que con este objeto edificó está todavía en pie, á pesar de la incuria de la administración egipcia, que lo deja caer en ruinas.

No se redujo Amrú á invadir el Bajo Egipto, sino que llevó sus armas hasta la Nubia, ó sea la antigua Etiopía de los Romanos; donde penetró á la cabeza de 20,000 hombres; pero esta expedición no tuvo más que carácter militar, sin que la completase una organización formal.

Los Arabes no estuvieron nunca sólidamente establecidos en Nubia, á la cual en lo sucesivo se redujeron á enviar cortas expediciones. Sin embargo los Nubios acabaron, como los Egipcios, por adoptar la lengua y religión de los Arabes. Habita hoy aquel país una población muy mezclada, en la cual se hallan todos los colores del cutis, desde el blanco puro, que parece corresponder á descendientes de los Arabes del Hedjaz, hasta el negro más perfecto. También hay en esta comarca tipos muy hermosos, habiendo yo tenido ocasión de fotografiar á algunos que son espléndidos; y entre los cuales destacan mujeres nubias, que se parecen mucho á las egipcias del tiempo de los Faraones.

También los Arabes invadieron varias veces la Abisinia, ó siquiera la parte de esta región que linda con el mar Rojo; pero su influencia ha sido aquí todavía menor que en la Nubia; y la población, que era cristiana desde el siglo IV, no ha cambiado de culto. Sin embargo la lengua árabe ha penetrado mucho en el país; y la población está muy mezclada.

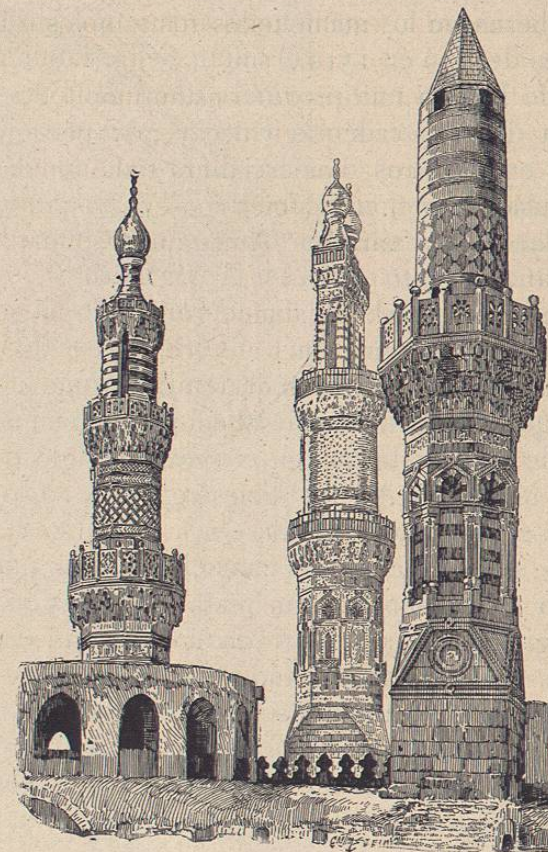
Desde la conquista de Egipto por los Arabes en 639, hasta su invasión por los Turcos en 1517, pasaron cerca de 900 años.

Nueve dinastías reinaron sucesivamente durante este período. Sometido primero el Egipto á los califas de Oriente (639-870 de J.-C.), los gobernadores se hacen independientes, fundando la dinastía de los Tulonidas (870-905); pero los califas de Bagdad no tardan en recobrar su influjo, bien que por poco tiempo (905-934). Después de gobernar el país la dinastía poco importante de los Ekchyditas (934-972), cayó en poder de los califas Fatimitas (972-1171), cuyo imperio abrazaba todo el norte de Africa, la Cerdeña, Sicilia, otras islas del Mediterráneo y Siria. Bajo esta dinastía cabalmente, Egipto llegó á la mayor prosperidad.

Los califas de Egipto acabaron, como los de Bagdad, víctimas del poder de la milicia que

con el nombre de mamelucos componía su guardia, y cuyo origen é historia son parecidos á los de la milicia de Bagdad; y en 1250 esos mamelucos llegaron á apoderarse definitivamente de la autoridad, fundando dinastías que duraron 267 años.

Dos son las dinastías mamelucas de origen diferente que han reinado en Egipto. La primera (1250-1381), llamada de los mamelucos



Parte superior de los minaretes de la mezquita de El-Azhar.  
De fotografía sacada por el autor

turcomanos, se componía, como en Bagdad, de individuos de origen turco, hechos prisioneros de guerra en las comarcas del Cáucaso y del Caspio, y vendidos como esclavos. Como eran buenos mozos, vigorosos y aptísimos para formar á los califas una guardia escogida, los vistieron de trajes brillantes, y de magníficas armaduras, sobre las cuales se incrustaban unas insignias que inspiraron á los cruzados sus blasones; y así los mamelucos llegaron á ser una guardia de un aspecto imponente. Colmados de favores, sus jefes obtuvieron las primeras dignidades del Estado, hasta que se apoderaron del mismo califato.

La segunda dinastía de los mamelucos (1382-1516) viene designada en la historia con el nombre de mamelucos circasianos, por



ser procedentes de Circasia, y no formar parte de las naciones turcas de la alta Asia.

Los últimos sultanes mamelucos de origen turco habían esperado servirse de ellos como de contrapeso á la influencia de los turcomanos: elemento tan peligroso para quien reinaba como para la dinastía de sangre árabe. Pero el equilibrio no subsistió mucho tiempo, y el elemento circasiano preponderó luego, logrando apoderarse del gobierno del Estado.

Gobernaron los mamelucos circasianos hasta que les derribó en 1516 el sultán Selim I, quien hizo de Egipto una provincia turca. Entonces el día de la decadencia empezó para ésta, y como en nuestros días ha caído real, aunque disimuladamente, en poder de los europeos, la decadencia no ha hecho más que acrecentarse.

Cuando Egipto pasó á ser provincia turca, los mamelucos primero se sometieron. Pero luego volvieron á adquirir una autoridad positiva, siendo los adversarios más temibles que allí tuvo que combatir Napoleón. El país no se deshizo de ellos hasta que el terrible é inteligentísimo Mehemet Alí los hizo degollar á todos, desde el primero al último.

No se reclutaban los mamelucos sino por medio de la inmigración, pues como el clima de Egipto, que es mortal para los extranjeros, no les permitía tener descendencia, no había otro medio de perpetuarse que comprar esclavos en Circasia para completar las filas. Estaban sometidos á un número dado de beys, los cuales tenían un verdadero pundonor en formar sus tropas con los mejores mozos que se hallasen.

### III

#### CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES EN EGIPTO

Tiene la civilización árabe en Egipto el mismo origen que la de Siria y Bagdad, y se fundó con elementos tomados de los Bizantinos. Los primeros monumentos de los Arabes en Egipto revelan claramente este origen; y sólo los de épocas posteriores indican que los Arabes se sobrepusieron luego á toda influencia extranjera, de un modo completo.

El período culminante de la civilización árabe en Egipto, ó sea el de los Fatimitas, se caracteriza particularmente por el desarrollo de las artes y de todas las industrias que el cultivo de las artes hace progresar. No tardó el Cairo en ser rival de Bagdad; bien que esa rivalidad se manifestó mucho mejor en las producciones

artísticas, que en las científicas; pues la reputación de las escuelas del Cairo no igualó nunca á la de las universidades de Bagdad. Pero ya tendremos ocasión de ocuparnos más de este punto, así que describamos la parte intelectual de la civilización de que ahora no examinamos más que la parte material.

A favor de la fertilidad de Egipto, y á favor sobre todo de las relaciones comerciales de que hablaremos más adelante, las rentas de los califas llegaron á ser superiores á las de los de Bagdad. Empleábanlas ellos casi todas en cosas de lujo y en la construcción de palacios. Verdad es que en estos lejanos tiempos costaría poco levantar monumentos en el valle del Nilo, una vez que á principios del siglo actual un maestro albañil del Cairo ganaba 80 céntimos diarios, un peón 15, y la piedra llamada morrillos, no costaba más que un franco 20 el metro cúbico, inclusa la extracción y el acarreo.

El historiador árabe Makrizi nos cuenta—y sus afirmaciones están confirmadas por el estudio de los objetos de la época—que en tiempo de los Fatimitas (972-1171 de nuestra era) la industria y particularmente la orfebrería, el arte de fabricar los tejidos y todo lo concerniente al mueblaje y ornamentación habían llegado á ser perfectísimos. Las paredes de las casas estaban adornadas de azulejos esmaltados, ó de estuco pintado de colores brillantes, y decorado de arabescos, de cuyos adornos nos dan fácilmente una idea los que todavía podemos ver reproducidos en algunos palacios actuales. El suelo era de mosaico, ó estaba cubierto de inmensas alfombras bordadas; los muebles eran de madera preciosa con finas incrustaciones de nácar y marfil, y los destinados al descanso se cubrían con telas, donde figuraban varios animales tejidos en la trama, estando los almohadones forrados de telas de un rojo purpúreo deslumbrador.

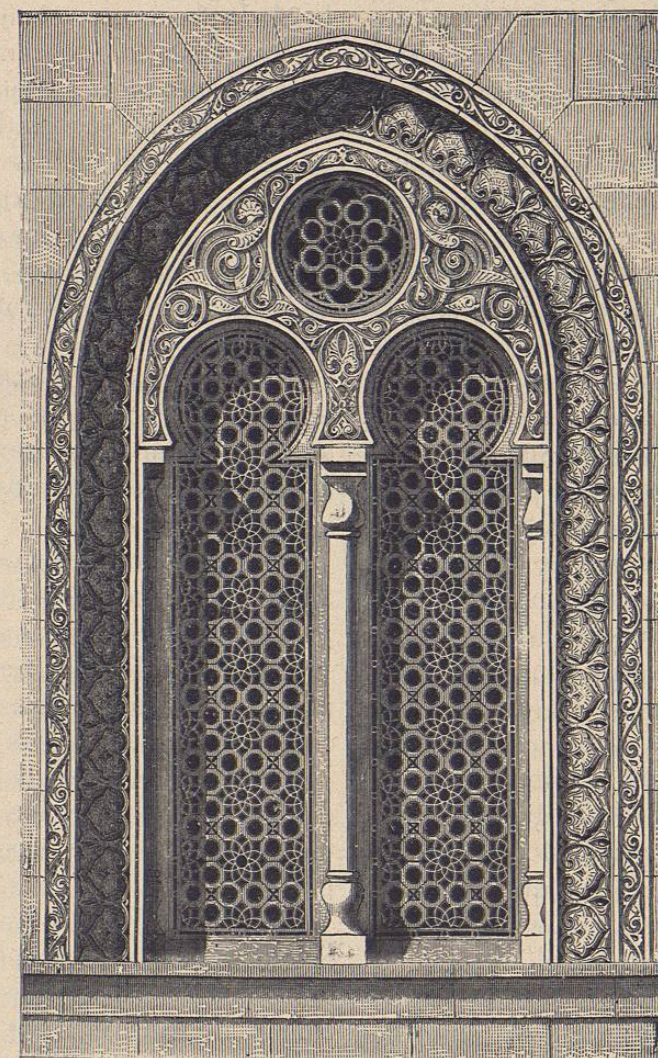
El arte de trabajar los metales llegó también á progresar mucho; y los jarrones, los jarros, las bandejas, las lámparas y otros mil objetos que todavía existen y de los cuales damos muchas muestras en esta obra, son la mejor demostración de aquel adelanto.

Los palacios de los califas eran magníficos, y la decoración de las antiguas mezquitas del Cairo que todavía subsisten, prueba que las descripciones de los autores nada tienen de exageradas.

Uno de los más antiguos palacios árabes de Egipto, de que las crónicas hagan mención, es

el que hizo construir en el año 271 de la hégira (884 de J.-C.), y por ende en una época anterior á los Fatimitas, Khumaruyah, hijo de Tulum. Estaba, según las descripciones árabes, rodeado de grandes jardines, cuyas flores dibujaban pasajes del Corán; y en los salones, resplandecientes de oro y azul, se veía estatuas

vestidas de ricas telas, representando al príncipe y á sus mujeres. Una linda casa de fieras contenía numerosos animales; entre una bella columnata de mármol se abría un estanque de 30 metros de ancho, lleno de mercurio que de día reflejaba la luz del sol, y de noche la de la luna y de las estrellas; y desde lo alto de un elegante



Ventana de la mezquita de Kalaum

mirador se descubría un magnífico panorama de los jardines del palacio, del Nilo y la campiña.

Demasiado breves son las descripciones de los autores árabes para darnos idea suficiente de lo que era un palacio árabe en Egipto mil años atrás. Pero cabe completar sus indicaciones con otra descripción que hizo el europeo Guillermo de Tiro, en su historia de las guerras de los príncipes cristianos en Palestina, tomándola del relato de unos embajadores enviados á la corte de un soberano egipcio.

«Como la casa de este príncipe, dice Guillermo de Tiro, es de una esplendidez muy particu-

lar, tan brillante, que en nuestro tiempo no se ha visto cosa igual, diremos aquí escrupulosamente, con los datos exactos de aquellas personas que han estado en casa de este gran príncipe, lo que hemos sabido acerca de su esplendor, de sus riquezas inconcebibles y de su magnificencia extraordinaria. Después de atravesar un gran número de patios y corredores, los embajadores hallaron unos pórticos que servían para los paseos de recreo; cuyos pórticos, sostenidos por columnas de mármol, tenían los techos dorados, estaban adornados de labores exquisitas, y poseían un enladrillado de diversos colores; de modo que cada objeto revelaba el esplendor real.



Todo esto era tan hermoso, así por el labrado como por el material, que los dos embajadores no podían menos de contemplarlo absortos, no cansándose nunca de mirar unas obras, cuya perfección sobrepujaba á todo lo que hasta entonces habían visto. Allí había unos viveros de mármol, llenos del agua más pura, como también pájaros de toda especie, desconocidos en nuestros países, dotados de voces diferentes, de formas y colores extraños, y sobre todo de una apariencia maravillosa para nuestros compatriotas.

»Desde allí los eunucos los condujeron á otros aposentos que en belleza dejaban atrás á los anteriores, tanto como estos á los primeros que vieran, y allí contemplaron una admirable muchedumbre de diferentes cuadrúpedos, de tal forma, que sólo puede imaginarlos el caprichoso pincel del pintor, el fantástico numen del poeta y el alma entregada á los sueños de la noche: cuadrúpedos que sólo producen los países del Mediodía y del Oriente, y que el Occidente no ve jamás, ni oye siquiera mentar.»

Cabe muy fácilmente juzgar de lo que era la riqueza de los califas fatimitas consultando el inventario que el historiador Makrisy nos ha conservado de los objetos que el califa Mostanser (427 de la hégira y 1037 de J.-C.) se vió obligado á vender para satisfacer las exigencias de la milicia que ya hemos citado, y que casi había logrado entonces hacerse dueña del imperio. El testimonio es irrecusable, por ser copia del acta hecha por el intendente del visir, Nasser-ed-Dutah. Ante esta enumeración, dice con justo motivo Mr. Marcel, de quien tomamos el extracto, diríase que todas las riquezas del mundo se habían dado cita en este punto del globo, acumulándose en él durante muchos siglos para diseminarse por las manos de la más vil soldadesca.

Se halla en esta curiosa nomenclatura no recuerdo cuántas *fanegas* de esmeraldas, de rubíes, de perlas, de cornalinas y otras pedrerías; diez y ocho mil jarrones de cristal de roca, algunos de los cuales llegaban á valer 1,000 dinars (15,000 pesetas); treinta y seis mil otros objetos del mismo cristal; una estera de oro de 54 marcos de peso; cuatrocientas jaulas grandes de oro; veintidos mil joyas de ámbar; un turbante adornado de pedrerías, de 130,000 dinars de precio (1.950,000 pesetas); gallos, pavos y gacelas de tamaño natural en oro, é incrustados de perlas y rubíes; mesas de sardónica bastante grandes para que muchas personas pu-

diesen comer en ellas á la vez; una palmera de oro, plantada en una caja también de oro; flores y frutos de tamaño natural, de perlas y rubíes; un jardín cuyo suelo era plata dorada, la tierra ámbar, los árboles plata y los frutos, oro y pedrerías; una tienda de campaña de 500 codos (625 pies) de circunferencia, y de 64 codos (90 pies) de altura, toda de terciopelo y de raso bordado de oro, y cuyas colgaduras debieron ser cargadas en 100 camellos; otra tienda, de tejido de oro puro, sostenida por seis columnas de plata maciza; cubas de plata de 3 quintales de peso; dos mil tapices recamados de oro, uno de los cuales había costado 22,000 dinars (330,000 pesetas), y los de menos valor 1,000 dinars (15,000 pesetas); cincuenta mil piezas de damasco recamadas de oro, y otros muchos objetos.

Para concluir, *Ebn-Abd-el-Aziz*, inspector del tesoro, declara en su memoria que se ha adjudicado en su presencia más de cien mil artículos preciosos y doscientas mil piezas de armería.

Al considerar la enumeración de tales riquezas, el lector no podrá menos de preguntarse: ¿de dónde procedía aquel tesoro? ¿de dónde sacaban los califas las rentas que les permitían juntar aquella opulencia con la cual no puede compararse la de ningún soberano moderno?

La riqueza de los califas tenía dos orígenes diferentes: la producción agrícola del país, por una parte; y las especulaciones comerciales, por otra.

En efecto, Egipto era entonces el depósito del comercio de Europa con Arabia é India; y todas las mercancías que iban de Oriente á Occidente debían pasar por Alejandría.

El florentino Frescobaldi asegura que en su tiempo (1384) se veía más buques en el puerto del Cairo que en Génova ó en Venecia. En el Nilo había 30,000 barcas para cargar ó descargar las mercancías; y puede verse en los precios corrientes que uno de los compañeros de Vasco de Gama inserta en su viaje, cuán grandes eran los beneficios que los califas sacaban de aquel comercio. Por esta misma causa las especias costaban en el Cairo cinco veces más que en Calcuta.

Este manantial de riqueza duró hasta que Vasco de Gama dobló en 1497 el cabo de Buena Esperanza, llegando á la costa de Malabar, que ningún europeo había visto antes, y que sólo los Arabes frecuentaban.

Terrible fué el golpe que este descubrimiento

dió á la fortuna de los califas de Egipto; pues á pesar de las importantes armadas que allí enviaron, no pudieron impedir que los Portugueses se estableciesen en la India, y destruyesen de este modo el comercio de los Arabes con el extremo Oriente, ó sea el más importante manantial de las rentas de los soberanos egipcios.

## IV

## MONUMENTOS DEJADOS POR LOS ÁRABES EN EGIPTO

Egipto es la única comarca donde puede verse monumentos árabes de todas las épocas, incluso los primeros tiempos del islamismo, y estudiar por consiguiente todas las transformaciones del arte en sus diferentes períodos.

Casi todos los antiguos monumentos de los Arabes que todavía subsisten son mezquitas; y su estudio es tanto más fácil cuanto que las más importantes se hallan en el mismo Cairo.

También el Cairo, excepcion hecha de los barrios que han invadido los europeos, ha continuado guardando todo el carácter árabe, lo cual da una idea bastante exacta de lo que era esta gran ciudad en tiempo de los califas.

Vista de lejos, tiene un sello oriental muy sorprendente, y que quizá ninguna otra ciudad posee hasta ese extremo. Forma la ciudad una masa de casas blancas, con azoteas, sobre las cuales descuellan centenares de esbeltos minaretes que se destacan de un sombrío fondo de palmeras. Desde lo alto de la ciudadela esta gran capital presenta un espectáculo mágico; y yo por mi parte no conozco otra ciudad cuya fisonomía produzca tanta impresión.

Son las calles del Cairo, como todas las de Oriente, angostas, irregulares y tortuosas; y en algunos barrios, particularmente en el Cairo viejo, las ventanas, que están en saledizo, casi se tocan unas á otras. La angostura de las calles tiene por consecuencia resguardarlas de los rayos del sol, y conservar siempre un poco de frescor. Es necesario atravesar bajo los abrasadores rayos del sol egipcio las grandes plazas y bulevares á la europea que ya existen en el Cairo, para comprender hasta qué punto en tan terrible clima las calles estrechas llenas de sombra son preferibles á anchas vías caldeadas siempre por un sol de fuego.

La animación de las calles del Cairo ha sorprendido siempre vivamente á los viajeros; y hasta cuando se ha visitado á Damasco, el es-

pectáculo parece interesante; de modo que nosotros hemos pasado muchas horas contemplándolo.

«Entre la multitud abigarrada que allí se agolpa, dice el Dr. Isambert, se discierne al lado del humilde fellah, del beduíno de porte arrogante, del cofta ó del judío de rostro sombrío y concentrado, del griego activo y vivaracho, del kawas arnauta grave y digno, todos los tipos del negro, desde el color de ébano de los habitantes del Sudán, hasta el cutis claro de los berberiscos. Las caravanas procedentes de todos los puntos de Africa y Arabia, los camellos tardíos y solemnes, los asnos ligeros y traviosos galopando montados por los levantinos á la moda, ó por mujeres envueltas en inmensos velos de color oscuro, el bajá que pasa á caballo asfixiándose bajo la levita abotonada del Nizam, los aguadores con sus odres de cuero viscosos, los faquines de todo género, los saís gritadores, siempre dispuestos á pegar con sus corbachos al árabe indolente y hasta á las pobres mujeres fellahinas que no se apresuran á abrirles paso, todo esto constituye un espectáculo tan variado, que el extranjero no se cansa nunca de contemplarlo.»

Fué fundada la actual ciudad del Cairo en 359 de la hégira (970 de J.-C.) y sus murallas contenían la antigua ciudad de Fostatt, fundada por Amrú, á la cual estaba destinada á reemplazar.

La nueva ciudad recibió el nombre de El Kahirah (*la Victoriosa*), que los europeos han corrompido en *el Cairo*. Fostatt no es hoy en día más que un arrabal de la ciudad; y la frase de Viejo Cairo con que la designan es muy impropia, porque la ciudad de Amrú no llevó nunca este nombre.

La nueva ciudad del Cairo quedó terminada tres años después de haberse puesto la primera piedra; y los Fatimitas dedicaron gran parte de sus rentas á embellecerla. Cada soberano se afanaba en sobrepujar á sus antecesores; y los mismos mamelucos, cuando reemplazaron á los califas árabes, tomaron como cosa de honra continuar adornando la ciudad. Pero al pasar á capital de una provincia turca dejó no sólo de embellecerse más, sino también de que siguiesen cuidando de su limpieza; y hoy en día los monumentos más notables se degradan cada vez más; y como nadie se cuida de hacer en ellos ni la más ligera reparación, dentro de poco tiempo no podrán menos de desaparecer. «Ha hecho V. muy bien en venir á visitarlos, me